

Jueves 10 Mayo 2012

[Inicio](#) > [Sociedad](#)

"Tuvimos que huir de Colombia por denunciar las injusticias"

10/05/12

Colombia

[Pascale Lora Schyns](#)



“*Soy una privilegiada*”, considera Mercedes Rodríguez, exiliada colombiana de 51 años que llegó a España hace 14 años con su marido Pablo y su hijo Juanito. Licenciada en psicopedagogía, diplomada en salud mental en situaciones de vulnerabilidad y co-investigadora especialista en género y migraciones, Mercedes trabajó en Colombia en programas de desarrollo local en zonas marginales. Hasta que tuvo que huir. Le iba la vida.

Emigrar. Salir en busca de nuevos horizontes, de nuevos paisajes, de nuevos amigos, de un nuevo trabajo. Decidir traspasar las fronteras. Decidir encontrar un nuevo sentido a su vida. Decidir. La realidad de unos pocos afortunados que quieren volver a empezar su vida en un lugar diferente para darle un sentido diferente.

Emigrar. Salir porque no hay otra escapatoria. Llegar a un mundo desconocido y que tampoco



quiere conocerte. Enfrentarse a la desconfianza de la gente que nunca te dará una oportunidad de enseñarle lo que sabes hacer. Toparse con las fronteras. No entender el rechazo. No entender el miedo. La realidad de casi todos los refugiados, los exiliados, que nada piden, nada exigen. Ni siquiera la compasión que les debemos.

“Siempre me identifico con una hormiga”, asegura Mercedes. “No soy de grandes discursos ni de grandes análisis. Me gusta más el trabajo cotidiano de las pequeñas cosas. Desarrollaba mi actividad en una zona periférica de Bogotá, un cinturón de mucha pobreza donde se concentran poblaciones desplazadas por efecto del conflicto armado y social. En el 1998, hubo un fenómeno de criminalización

de muchos defensores de los derechos humanos y en ese contexto se produjeron asesinatos de sindicalistas. Mi compañero vino amenazado y decidimos salir temporalmente del país, lo que hicimos bajo un programa de protección de Amnistía Internacional. Somos conscientes del privilegio que ha sido llegar a un país de acogida con un programa que brinda a la vez protección y toda la ayuda necesaria a la hora de establecerse y empezar una vida nueva y diferente. Todos los refugiados se tendrían que beneficiar de un programa similar. Sin embargo, sólo una minoría tiene esa suerte. El hecho de saber que alguien te espera en el aeropuerto ayuda mucho a la hora de desembarcar. Aunque, como en nuestro caso, haya sido una decisión propia, la condición de refugiado nunca es una decisión totalmente voluntaria. La impone la coerción, el miedo, el asesinato de compañeros y compañeras. Además, el sentimiento de culpa pensando en la gente que se queda allí hace que las cosas sean aún más difíciles.”

En un primer momento, Mercedes dedicó gran parte de su tiempo pasado en España a hacer conocer la realidad de su país de origen. “Sabemos que los medios masivos de información no informan. Dan una versión que no refleja lo que pasa de hecho en el país. Sentí que era mi misión explicar los efectos del conflicto armado, lo que padecen sus víctimas. La situación de los desplazados por ejemplo ha sido silenciada por ser una estrategia de guerra. Era y sigue siendo mi deber explicarlo a la gente que me ha acogida. Que sepan el cómo y el porqué de las cosas. ¿Por qué tuvimos que salir de nuestro país si no habíamos atentado contra nadie ni cometido otro delito que el de ejercer nuestro deber de ciudadano, que ha sido denunciar las injusticias?”



Obra de hormiga

Mercedes decidió continuar su obra de hormiga en España. Trabajó en su calidad de pedagoga en la asociación Educación Cultura y Solidaridad hasta principios de este año, cuando se quedó en paro por la crisis. “Se trataba entre otras cosas de alfabetizar y enseñar el castellano a mujeres en situación de desarraigo. Esas mujeres, principalmente originarias de Marruecos y África subsahariana, vivían todo el tiempo entre cuatro paredes. Las abandonaban solo para acudir a las actividades ofrecidas por la asociación. Mirándoles, escuchándoles, pensé que así no se podía vivir. Sin embargo, me di cuenta que yo también me comportaba así. Llevaba cinco años viviendo en Madrid pero mi pensamiento, mi corazón, seguían en Bogotá. Yo también estaba viviendo entre paréntesis. He dicho ¡Stop! Una frase de Virginia Woolf ha sido el otro elemento disparador: “Como mujer no tengo patria, el mundo entero es mi tierra”. A partir de ahí, empecé a reconstruir mi hogar acá. Yo no vivo mi ciudadanía solo porque me la reconoce un papel. Soy ciudadana de donde vivo, de donde resido cotidianamente, donde hago mi compra, donde saludo a mis vecinos, donde cojo el autobús cada mañana para ir a trabajar, donde reciclo la basura para cuidar el medioambiente. Una vecina me regaló una planta. Era tan pequeña que pensé que no iba a crecer. Cuando llegó la primavera la planta había crecido mucho y tenía muchos brotes. La trasplanté para que siga creciendo. Decidí que igual que la planta yo también tenía que crecer allí donde me encontraba ahora, dejar mí huella. Y sobretodo ayudar a las otras mujeres a hacer lo mismo.”

La integración

La integración resulta ser el mayor problema que los inmigrantes tienen que enfrentar en su vida cotidiana. Intentar que esta misma integración sea un éxito es una prioridad en el trabajo de Mercedes Rodríguez.

“Formar parte de un grupo, tener vínculos afectivos y emocionales es fundamental para integrarse”, explica la pedagoga. “Donde uno vive, allí está su patria. No es fácil, porque son muchos los factores que hay que tener en cuenta para conseguirlo. La raza, el origen étnico, la cultura, el idioma, influyen mucho. Además, la historia personal de cada ser humano establece barreras y fronteras. Hay que trabajar desde una perspectiva interseccional. Sin embargo, a pesar de que la situación de contexto sea diferente según el país de origen, hay muchas similitudes en la condición de la mujer inmigrante. Todas nos entendemos en tema de relaciones humanas, de sentimientos. Todas las mujeres desean amar, sentirse queridas, escuchadas, formar parte de un grupo. No es fácil porque para muchas, además de las fronteras de la sociedad patriarcal de donde provienen, se topan con los muros levantados por el país de acogida, que tampoco les facilita las



cosas dejándoles claro que son inmigrantes, extranjeras, extrañas a esta sociedad. Se tolera su presencia pero hasta un cierto punto. No te lo dicen pero te lo dan a entender. La política de integración, por cierto, no facilita la convivencia entre los autóctonos y la población extranjera. Mi trabajo consiste en romper fronteras. Eso es la clave: cómo traspasar las fronteras en una sociedad asimétrica, una sociedad de dominación. Eso se puede conseguir solo mediante un trabajo cotidiano, transmitiendo el mensaje que la esencia del ser humano está en su dignidad y que la dignidad no es más que el respeto de sus derechos fundamentales. Desde el momento que una persona es consciente de sus derechos, las fronteras dejan de existir porque se siente ciudadana del mundo, sujeta de derecho. Se trata de un trabajo de larga duración porque las mujeres suelen darlo todo a los demás. Renuncian a sus proyectos personales y olvidan quererse. Y quererse a sí misma es el único camino para evitar la frustración.”

Mejor adaptación

Para muchas mujeres inmigrantes, el contacto con otras mujeres, que tienen una concepción totalmente diferente de la vida, constituye un shock. Sin embargo, algunas son capaces de aprovechar las nuevas oportunidades que se les presentan.

“La mujer suele adaptarse mejor que el hombre a su país de acogida”, afirma Mercedes. “De hecho está más a menudo en contacto con la vida del día a día. Tiene que salir a hacer la compra, va a recoger los niños a la escuela, asiste a las reuniones de padres, se preocupa por el estado del parque del barrio donde vive, y muchas veces su soledad la empuja a recurrir al tejido social más cercano. Es importante ayudarla a convertir esa experiencia dolorosa que es el exilio en una oportunidad para tener una vida diferente, para entender que hay otras alternativas de vida de la que tenía hasta entonces, encerrada todo el día entre cuatro paredes. En este sentido, la emigración es una oportunidad para ampliar su horizonte aunque tenga que hacerlo poco a poco para evitar las tensiones en casa donde los maridos muy difícilmente aceptan que su mujer se emancipe.”

Todos los hombres son iguales, pero algunos son más iguales que otros...

- [Share on email](#)[Share on facebook](#)[Share on twitter](#)[Share on google plus](#)[one](#)